

*La desconocida del mar y otros textos recuperados*

FRANCISCO TARIO

*La desconocida del mar*  
*y otros textos recuperados*

Edición y prólogo de  
ALEJANDRO TOLEDO



*F*ICTICIA  
EDITORIAL

MÉXICO, 2013

# *Contenido*

Prólogo .....	9
---------------	---

## **I**

Una roca frente al mar .....	17
------------------------------	----

Dos guantes negros .....	19
--------------------------	----

Jacinto Merengue .....	33
------------------------	----

## **II**

Diario de un guardameta (1931) .....	79
--------------------------------------	----

Rosenda Monteros .....	89
------------------------	----

Sobre la pintura de Julio Farell .....	91
--	----

### III

La desconocida del mar .....	95
Contraluz .....	105
Jud, el mediocre .....	131
Septiembre .....	147



## *Prólogo*

---

**A** TRAPO, AL VUELO, un par de citas que descubro relacionadas. Una pertenece a un cuento de E. T. A. Hoffmann, “La casa vacía”, y dice: “Todos estaban de acuerdo en que las manifestaciones reales de la vida eran con frecuencia más maravillosas que todo lo que la más excitada fantasía tratara de imaginar”.

La otra es de Francisco Tario (nacido Francisco Peláez Vega, 1911-1977) y la encontrará el lector en uno de los cuentos de este volumen; he la aquí: “Y mirando ahora los árboles que cruzaban velozmente ante mis ojos, procuraba reafirmar aquella idea de que no todo lo visible es solamente nuestra realidad, sino que la auténtica realidad se esconde detrás de esa formal apariencia que nosotros, precipitada y gratuitamente, llamamos única realidad”.

En ambos casos se apuesta, me parece, por una idea profunda de la realidad. El relato de Hoffmann, incluido en sus célebres *Nocturnos* (*Nachtstücke*, 1817), propone la revisión de una historia para pulsar qué de ella puede ser considerado como fantástico o maravilloso, entendiendo por fantástico la exteriorización del conocimiento o del deseo que no se puede justificar por una

causa racional, y por maravilloso aquello que es considerado imposible, inconcebible, que parece superar las fuerzas conocidas de la Naturaleza u oponerse a sus procesos habituales. El cuento de Tario, cuyo punto de partida es un trastorno depresivo que avanza hacia ciertos ámbitos de ardua comprensión (al enlazarse con otros destinos), roza esas mismas fronteras.

Una vez puestos juntos los nombres de Hoffmann y Tario, resalta la evidencia de considerarlos como figuras afines. En uno de sus primeros acercamientos a la obra de Tario, José Luis Martínez propuso su relación, entre otros, con Villiers de L'isle-Adam y Barbey d'Aureville (influencias que Tario no aceptó), mas pudo remitirse directamente al autor alemán, uno de cuyos títulos iniciales, el que contiene "La casa vacía", es una exploración de lo nocturno, así como Tario arranca su carrera literaria con *La noche* (1943) y permanecerá afín, lo harán los dos, a ese ámbito poblado por sueños y pesadillas.

"Mi semejante, mi hermano", pensemos que diría Tario a Hoffmann si se encontrara con él. No obstante, en la biblioteca de Tario (en lo que se ha salvado de diversos naufragios) no hay rastros de sus lecturas del autor alemán, por lo que la propuesta de considerar a uno como sucesor del otro no deja de ser una mera hipótesis. Aún así, no resulta desatinado imaginarlos en la interpretación conjunta al piano de algunos "nocturnos", ya que sucumbían a una forma musical que representaba para ellos, a la vez, un temperamento.

En los acetatos que grabó Tario en su casa, además de las dramatizaciones de obras clásicas (como *Drácula*) y momentos alegres de las tertulias, predominan Chopin y sus “nocturnos”.

La nocturnidad, dice Juan Tébar (prologuista español de los cuentos de Hoffmann), es un estado de ánimo, un modo de entender la vida. El autor alemán tenía como libro de cabecera *Aspectos del lado nocturno de la ciencia natural*, del filósofo Gotthilf Heinrich Schubert, que fue, junto con el Novalis de los *Himnos a la noche*, fuente de inspiración de los *Nocturnos*.

“En los *Nachtstücke*”, escribe el mismo Tébar, “estamos ya dentro del mundo fantástico más impresionante de la obra hoffmaniana. El dulce lirismo fantasmal ha quedado como una bebida de juventud. Se trata ahora del vino fuerte y trágico del escalofrío y la pesadilla. Las visiones de nuestro hombre orquesta no se resuelven sólo en danzas de salón. Tiempo y lugar habrá para el humor y el galanteo de otras veces, pero con la presencia constante de la noche, y sobre ella, vigilante, la Muerte, que dirige un baile frenético.”

¿No se bebe igualmente en Tario el vino fuerte y trágico del escalofrío y la pesadilla? Los territorios de la noche son también un aspecto central en ese arte que Wolfgang Kayser califica como “grotesco”, en donde ubica a Hoffmann y en el que podría también incluirse a Tario. “El mundo grotesco es nuestro propio mundo... y no lo es. La sonrisa que se mezcla con el horror tiene su razón de ser en la experiencia de que el mundo

en que confiamos y que aparentemente descansa sobre los pilares de un orden necesario se extravía ante la irrupción de fuerzas abismales, se desarticula, pierde sus formas, ve disolverse sus ordenaciones...”

Si se recordó “La casa vacía” de Hoffmann podrían hallarse ecos de ese cuento en “La banca vacía” de Tario, con puntos de partida similares: un edificio en ruinas y una mujer fantasmal que en él habita. En Hoffmann el relato va de lo maravilloso a lo fantástico, proponiendo el narrador un movimiento pendular entre uno y otro territorio; en Tario la muerte es el comienzo y el fin de la historia, pues se camina del asesinato al olvido, que es visto como una segunda y definitiva muerte: el fantasma se desvanece cuando se pierde su recuerdo.

\*\*\*

EL MEISTER FLOH de Hoffmann, el Maestro Pulga, acaso permitirá la circulación en su gabinete de curiosidades de estas divagaciones, que tienen el fin último de ubicar al lector en el orbe tariano, además de proponer esa relación hoffmaniana como si se estuviera ante el descubrimiento de una fuente original (o una fraternidad perdida y olvidada), y presentar también estos textos recuperados.

Los que aquí se incluyen dormitaban en una cómoda antigua adquirida por Tario en los saldos de una iglesia, que en los años cincuenta viajó en barco de México a Madrid y cuatro décadas más tarde empen-



dió el viaje de regreso. Ese mueble habita ahora en un departamento de la colonia Narvarte (la casa de Julio Peláez Farell, el hijo menor), en el Distrito Federal.

El mueble, de frente barroco y laterales coloniales, parece un pozo sin fondo. Hay álbumes con fotografías y recortes periodísticos, originales mecanográficos, una partitura (“Fantasía del amor”), dibujos eróticos y objetos varios. De ahí salieron, tiempo atrás, las obras de teatro incluidas en el volumen *El caballo asesinado* (1988); de ahí surgió la novela *Jardín secreto* (1993); y, en lo que se creyó un último hallazgo, apareció hace unos años el cuento infantil “Jacinto Merengue”... Una revisión exhaustiva permitió encontrar el poema/cuento “Una roca frente al mar” y el relato “Dos guantes negros”, textos de consumo casero, regalos de Tario para Sergio y Julio, sus hijos.

También aparecieron “Jud, el mediocre” y “Septiembre”, publicados en los años cincuenta en el suplemento *México en la Cultura*, del periódico *Novedades*, y dos cuentos nuevos, “La desconocida del mar” y “Contraluz”, difíciles de fechar. A ello se suman las páginas de un diario de juventud del año 1931, cuando era guardameta del equipo Asturias, el retrato escrito de la actriz Rosenda Monteros (que acompaña el apunte plástico de Antonio Peláez en el libro *21 mujeres de México*) y lo último que salió de la pluma de Tario, una cuartilla sobre la pintura de Julio Farell (nombre artístico del hijo menor).

Fiel a lo nocturno y lo grotesco, en estas páginas Francisco Tario, o su espectro, vuelve a sorprender a sus también fantasmales lectores.

# I



# *Una roca frente al mar*



Para Julio

Las claras aguas del mar  
bañaban la solitaria roca,  
cubriéndola de raras luces  
en la templada aurora.

Pero ya en la noche oscura,  
bajo un cielo sin reflejos,  
la roca era sólo negrura  
y el mar un oscuro desierto.

Marineros de todo el mundo  
la recordaban en sueños;  
el capitán , desde el puente,  
apuntaba hacia ella el catalejo.

Ni un pájaro la visitaba,  
ni una amapola crecía en ella;  
perdida en mitad del océano  
vivía la soledad de una estrella.

Espuma negra en las noches,  
espuma de oro en los días,  
la helada roca contaba  
sus cien mil años de existencia.

¿Habría querido ser selva?  
¿Pez, lluvia, ave, nido?  
¿O una larga playa dorada  
cubierta de altos castillos?

Mas llegó la oscura noche,  
la más oscura que se recuerda!  
en que el viento —decían— era negro  
y negras también las estrellas.

...Y cuentan los que aún lo recuerdan  
cómo en tan memorable silencio  
el blanco lomo del barco  
como una ola más se perdió en lo negro.

# *Dos guantes negros*



## PRIMERA PARTE

Para Julio

**M**R. STOUT ENTRÓ en el almacén de guantes con objeto de comprarse un par de ellos, pues había empezado el mes de enero y ya se sentía frío en las calles.

Era un hombre alto, de pelo rojo y ojos azules, vestido siempre de gris y con un largo abrigo negro. El sombrero, demasiado pequeño para él, dejaba ver unos cabellos lacios y escasos que el viento helado del invierno le enmarañaba sobre la frente.

—Quiero unos guantes negros de cabritilla —dijo, mirando distraídamente al empleado que había salido a recibirle.

—¿De qué medida? —le preguntaron.

Respondió él:

—No lo sé —y extendió su mano, que el empleado observó con curiosidad.

Tenía unas manos grandes y flacas, un poco velludas, el misterioso Mr. Stout.

No aceptó que se los envolvieran, sino que prefirió llevárselos puestos, sintiendo cómo al ponérselos le penetraba entre los dedos un suave calor.

Fuera llovía y estaba ya por hacerse de noche. Mr. Stout se sintió encantado con aquel par de flamantes guantes que tan bien le sentaban a su abrigo negro y le calentaban tan deliciosamente las manos. En seguida, se encaminó a su casa. Vivía en las afueras de la ciudad, en un chalet pequeño y cuadrado, rodeado de árboles. Desde su habitación contempló a través de los visillos la torre de la iglesia y las copas de los árboles, que el viento mecía con fuerza.

Mr. Stout tenía una fiesta aquella noche en casa de la familia Donald y se dispuso por lo pronto a afeitarse cuidadosamente y perfumarse, según era su costumbre. Para ello se fue al baño. Incluso, se puso a cantar en voz baja un rato. Estaba más contento que otras veces y le agradaba que hiciera frío para poder lucir sus hermosos guantes.

Cuando terminó en el baño, comenzó a vestirse. Ahora era un traje azul el que se ponía, una corbata roja y un pañuelo blanco en el bolsillo. Ya estaba listo y se echó encima el abrigo. Se colocaría los guantes. Entonces avanzó hacia la mesa y con gran sorpresa descubrió que solamente estaba uno.

—Se habrá caído al suelo —pensó, inclinándose y buscándolo.

Pero el guante no aparecía. Extrañado, se hincó sobre la alfombra, como un perro, y así recorrió la habi-

tación. Mas el guante seguía sin aparecer. Ni en la cómoda, ni sobre el sofá, ni bajo la cama estaba. Mucho menos entre las sábanas. Mr. Stout, ya un poco intranquilo, revisó los armarios, los bolsillos de sus trajes, el botiquín del baño. No recordaba nada semejante. Y supuso durante un momento que alguien pudiera haber entrado para robarle el guante. ¡Qué tontería!

—¿Y con qué fin? —alcanzó después a preguntarse.

Realmente, ¿para qué podía nadie robar un guante? ¿Uno solo? Además, la puerta se hallaba cerrada con llave y la ventana miraba al jardín. Era un segundo piso.

Decididamente, Mr. Stout tendría que ir aquella noche a la fiesta con las manos desnudas, a pesar del frío, y con el consiguiente disgusto. Así ocurrió y durante toda la noche no pudo dejar de pensar en el maldito guante que había perdido. Bebió unas copas —pocas— y habló con sus amigos del sorprendente suceso. A todos les divirtió la historia e hicieron que se las repitiera. Sin embargo, Mr. Stout se sentía preocupado y no tenía ganas de reír. Ah, pero si ya caía en la cuenta en dónde se hallaba el guante, claro: sin duda alguna, bajo la camisa sucia que se había quitado y arrojado en un rincón del cuarto. ¡Con seguridad que estaría allí! Era el único lugar de la habitación que no había revisado debidamente. Esto lo tranquilizó un poco, haciéndole sentirse mejor.

Mr. Stout llegó a su casa un poco antes de la madrugada y lo primero que resolvió hacer fue examinar la olvidada camisa.

—¡Qué necio he sido al no haber podido pensar que el guante podía estar ahí!

Y no estaba.

Mr. Stout no logró dormirse sino cerca de las seis, cuando comenzaba a clarear el día y a ladrar los perros en los alrededores. Mas un poco antes de hacerlo le pareció advertir que las cortinas de su ventana se movían misteriosamente, como si el viento las sacudiera. No tuvo miedo, no; pero pensó que aquello era bien extraño, puesto que la ventana se hallaba cerrada. Más tarde las cortinas ya no se movieron y todo parecía en calma. Lo asustó un poco el resplandor de unos faros de automóvil que cruzaron el techo de su habitación.

Aunque al darse vuelta por tercera vez y mirar hacia la pared, creyó descubrir junto a su cama un extraño objeto que se aproximaba: digamos como una gran araña negra que trepaba hacia el techo. Algo había allí y algo se movía, sin duda.

—No recuerdo arañas semejantes —pensó Mr. Stout, sentándose en la cama—. Más bien que araña parece un sapo gigante que hubiera subido del jardín.

Pero es de imaginarse con qué sorpresa descubrió de pronto que ni era un sapo ni una araña tampoco, sino justa y precisamente su guante: el guante negro extraviado.

Ya el guante había saltado a su almohada y Mr. Stout no acertó a moverse. Estaba paralizado de terror. Miró otra vez hacia la ventana, quizá con la intención de escapar arrojándose al jardín, cuando el guante logró apresarlos. Primeramente lo sujetó del cuello y fue des-





«LA DESCONOCIDA DEL MAR Y OTROS TEXTOS RECUPERADOS»

DE FRANCISCO TARIO

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 25 DE JULIO DE 2013 (A 1,707 AÑOS DE QUE  
CONSTANTINO I FUERA PROCLAMADO EMPERADOR ROMANO) EN LOS  
TALLERES DE SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A. CERRO TRES MARÍAS  
NO. 354, COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO, C.P. 4200 MÉXICO, D.F.